

“Pa’ los toros del Jaral...”¹

Entrevista al embajador Hermilo López Bassols

Mario Vázquez Olivera²

El licenciado Hermilo López-Bassols ingresó al Servicio Exterior Mexicano en 1971. Trabajó en la representación mexicana ante la ONU, en la embajada mexicana en París y en los consulados mexicanos en Vancouver, Houston y San Diego. Fue también Titular en las Embajadas de Irlanda y Bolivia. Como embajador en El Salvador entre mediados de 1989 y fines de 1992 fue un testigo excepcional de los acontecimientos que marcaron el desenlace de la guerra civil en aquel país centroamericano como la ofensiva general del FMLN y las negociaciones de paz. Conocido por su enérgico carácter y su trayectoria en defensa de ciudadanos mexicanos en Estados Unidos, Jorge Bustamante, fundador del Colegio de la Frontera Norte, tituló su columna del periódico *Excelsior* en que hacía referencia al nombramiento del licenciado López-Bassols como representante mexicano en aquel difícil destino, **“Pa’ los toros del Jaral, los caballos de allá mismo...”**

MVO: ¿Cuáles eran las circunstancias de El Salvador cuando fue nombrado embajador en ese país?

HLB: En junio de 1989 tomó posesión como presidente de El Salvador Alfredo Cristiani, del partido derechista ARENA. El secretario de Relaciones Exteriores, Fernando Solana, se trasladó a la toma de posesión y lo acompañé. El presidente Cristiani no dio entrevistas esa tarde a ninguna de las misiones que fueron al evento, en las que incluso venían algunos presidentes. Sin embargo mi antecesor,

¹ La presente entrevista sobre la gestión del Embajador López-Bassols en El Salvador (1989-1992), forma parte del Capítulo VII de la obra titulada: "México ante el Conflicto Centroamericano. Testimonios", Ed. UNAM-BONILLA ARTIGAS, 2017. Formará parte de otra obra en proceso de edición.

² Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM.

Federico Urruchúa, había logrado conseguir una cita para Solana. Este es un indicativo, diplomáticamente hablando, de que Cristiani tenía fe en dos cosas: la consecución de la paz, de lo cual había hablado en su discurso de la mañana, y la posible participación de México en dicho proceso.

Hay que decir que nuestra diplomacia no era muy bien recibida en El Salvador. La Democracia Cristiana no estaba contenta con nosotros. Ellos fueron los que más impugnaron la política exterior de México calificándola de injerencista, tal como algunos autores mexicanos lo publicaron en ese momento y lo siguen difundiendo hoy en día, lo cual francamente rechazo.

El presidente Cristiani aceptó la entrevista corta pero significativa en la que le dijo al Canciller que estaba comprometido con la paz, que su mandato iba a ser un mandato de negociación a pesar de que el espectro político se movía a la derecha, todavía más, con la llegada de ARENA al gobierno. Y sabíamos la composición de su gabinete. A mi me tocó trabajar con todos ellos; con unos hice una gran amistad, pero con otros hubo asperezas muy serias, como con el Ministro de la Defensa. Entonces, estando yo presente veo al secretario Solana recibiendo las palabras del presidente salvadoreño, de su compromiso con la paz y que quería que México participara en ese esfuerzo.

Yo volví a El Salvador en agosto ya nombrado embajador. Agosto es un mes en que, como todo el que haya vivido allá sabe, durante las fiestas agostinas no hay nada, así que me recliné en la embajada a aprender. Era mi primera aproximación a Centroamérica y a América Latina. Hasta entonces sólo había trabajado en representaciones de México en países del primer mundo, Canadá, Francia y Estados Unidos.

MVO: ¿Tenía indicaciones específicas del presidente Salinas sobre su actuación en El Salvador? ¿Cuál era el papel que nuestro gobierno había jugado hasta entonces en dicho proceso y cómo se observaba aquella coyuntura?

HLB: Definitivamente había un conocimiento presidencial de lo que podía ocurrir en El Salvador en los meses inmediatos, de los actores que iban a ser enemigos

acérrimos e infatigables del proceso de paz; de los que todavía, la mayoría, estaban muy tibios respecto a una aproximación con la guerrilla, y había un grupo muy minoritario dentro del gobierno salvadoreño que no quería tanto resolver sino escuchar las peticiones de los guerrilleros pero pensando que el diálogo era el recurso político, de cara a la opinión pública, aunque en realidad su opción eran las armas, continuar la guerra. Respondiendo a la pregunta, sí había una percepción fundada del gobierno Mexicano. Ante ello nos propusimos llevar a cabo una acción diplomática coordinada del más alto nivel para acercarnos al gobierno de El Salvador y propiciar el diálogo. Bajo qué términos y qué agenda impulsar, eso aún no estaba definido.

Si me pide una fecha o un hecho que revele fehacientemente la voluntad del gobierno mexicano por participar en el proceso de paz, yo, sin duda alguna, lo señalaría hacia el propio inicio del conflicto armado de El Salvador con la Declaración Franco-Mexicana, en agosto de 1981. Sin duda, esta declaración fue un acto visionario de los dos gobiernos. Los cancilleres Chesson por un lado y Castañeda de la Rosa por el otro, percibieron perfectamente que la confrontación armada iba a tener un trayecto muy doloroso, sangriento y prolongado en ese país; y en el espacio centroamericano había una serie de conmociones vecinas, por tanto el gobierno mexicano decidió hacer un comunicado de cancillerías mandando un mensaje muy claro en el sentido de que el conflicto salvadoreño debía resolverse por la vía de la negociación. Asimismo la Declaración le brindó al FMLN la posibilidad de tener representaciones oficiales y contactos en el exterior. Si bien los tenía de forma más sigilosa, a partir de ese momento México permitió la apertura de una representación del FMLN en la ciudad de México. Nuestro gobierno consideró que siendo una fuerza representativa que estaba en contienda con el gobierno de su país tenía derecho a buscar espacios de comunicación con el exterior. Así mismo el necesario que en el conflicto se aplicaran los normas del derecho humanitario.

Creo que la declaración es el rompe fuego de la participación de México en aquel conflicto. Paralelamente, un grupo de la sociedad civil, específicamente universitarios de Guadalajara, Guanajuato, Ciudad de México, entre otros,

generaron una solidaridad que necesitaba el movimiento salvadoreño, no sólo por la vía económica, sino solidaridad de orden político, y también se generó una solidaridad de militancia en el conflicto. Como bien lo sabemos, numerosos jóvenes mexicanos se trasladaron a El Salvador para participar en alguno de los cinco grupos armados.

MVO: ¿Cuáles fueron los motivos que tuvo el gobierno mexicano para involucrarse?

HLB: Podemos identificar una serie de elementos en la postura de nuestro gobierno. En primer lugar había preocupación debido a que en México se agudizaban los problemas de la migración, específicamente la salvadoreña y guatemalteca que tumultuosamente cruzaba la frontera y generaba un serio conflicto para el Estado mexicano, que primero fue asentando a esos refugiados en escenarios como La Trinitaria, Comitán, casi en la frontera, pero después, sabiamente decidió moverlos, ya con la participación de ACNUR, hacia otros estados del Sureste como Tabasco para que estuvieran a salvo de los militares guatemaltecos que cruzaban la frontera y los perseguían en territorio mexicano. Entonces yo creo que uno de los fundamentos de la acción mexicana estuvo motivada por los hechos ocurridos en la frontera.

MVO: ¿El mandato que tiene usted como embajador es continuidad de esos motivos?

HLB: Por supuesto. No fue una actitud que surgiera por casualidad ni por la específica coyuntura que estaba sucediendo en ese país por la toma de posesión de Alfredo Cristiani, presidente de la ultra derecha pero que hizo una firme declaración en su discurso de toma de posesión de que se comprometía con la paz. No fue en la administración de Salinas de Gortari, sino previamente, que surgió la preocupación, el interés de que nuestro país, con otros más, pudiera coadyuvar al proceso de paz en El Salvador. Proviene desde la administración de Miguel de la Madrid y la creación del grupo Contadora.

Poniendo de otra forma su pregunta, ¿existió un proyecto de acción de México que inició en el año de 1989, que vino a coincidir de hecho casi con la toma de posesión del presidente Salinas, con la llegada de Fernando Solana en la Cancillería y con la toma de posesión de Alfredo Cristiani? Definitivamente no. Esto es mucho más atrás. La Cancillería estaba consciente de lo que estaba ocurriendo porque también habíamos participado en los diálogos anteriores. Que si bien la gente diría que fueron fallidos porque no lograron más que establecer un contacto con las autoridades, como fue en los encuentros de La Palma y la Nunciatura en 1984 y 1987 respectivamente. Hay que decir que esos intentos se vieron truncados fundamentalmente por la injerencia norteamericana. Pero que en 1989 era ya diferente. Este punto no lo podemos explicar sin considerar el fin de la Guerra Fría. Es decir, cuando Estados Unidos se dio cuenta de que la presunta intervención soviética en Centroamérica se había desvanecido y que estaba desembolsando un millón de dólares diarios para pagar la nómina del ejército salvadoreño, del cual los altos mandos se agenciaban una enorme cantidad y cobraban los muertos. Entonces es obvio que México vio el escenario, no puedo decir que inducido, sino como una política independiente, razonada, nuestra, para participar en el proceso de dialogo. Por lo menos así debo de decir que me lo expresó el presidente Salinas cuando me invitó a representarlo en El Salvador.

MVO: ¿En San Salvador usted tomó contacto con las fuerzas opositoras y personajes claves de aquella coyuntura como Guillermo Manuel Ungo, Rubén Zamora e Ignacio Ellacuría?

HLB: En el caso de Guillermo Ungo sabía que había sido miembro de la Junta de Gobierno que dirigió El Salvador tras el golpe de estado de 1979. Supe de la proximidad que tenía con los venezolanos y los españoles, principalmente, pero finalmente hicimos una magnífica relación directa. Con él no había absolutamente ningún problema, porque no estaba directamente involucrado en el conflicto, al igual que Rubén Zamora y otras personas más. Así que mi contacto con él fue

completamente libre y jamás tuve relación con la guerrilla en ese país hasta que volvió lograda la paz.

Algunas personas que traté allá habían estado anteriormente en México, algunos incluso trabajando con el expresidente Luis Echeverría en el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo. Héctor Dada, por decir un nombre y muy respetable. Él también había sido miembro de la Junta de Gobierno y canciller en 1980. Él y Ungo fueron mis primeros contactos, los que me abrieron las puertas para conocer al sector no armado del movimiento revolucionario. Otro más fue Héctor Oquelí. Héctor, Zamora, Ungo y Dada son cuatro personas que me fueron fundamentales para conocer el escenario político del momento. La otra personalidad fue el padre Ignacio Ellacuría, pues a poco de haber llegado a la Embajada fui a buscar al que era entonces rector de la UCA y le presenté un proyecto de colaboración cultural con México. Ellacuría fue muy sensible y me dijo:

–Usted va a jugar un papel muy importante en este país.

Lo digo ahora con mucha satisfacción.

Otra personalidad que fui a buscar de inmediato fue al arzobispo de San Salvador, Monseñor Rivera y Damas. También le dije por qué estábamos ahí, cuál era el mensaje de nuestro gobierno y que en el momento que él necesitara un apoyo exterior, se lo ofrecía con mucho gusto siempre de forma respetuosa a la soberanía de su país, nosotros estaríamos dispuestos a contribuir en el proceso. También me dijo:

–Usted va a estar ocupado muy pronto.

MVO: ¿Cuál fue el primer suceso importante de su nueva misión?

HLB: Ocurrió de inmediato. En septiembre llegaron los primeros sucesos donde tuvimos que trabajar intensamente. Fue el caso de más de 50 los lisiados del FMLN que estaban en el atrio de la Catedral. Después de la plática con Monseñor Rivera y Damas que ya conté, a los pocos días, un domingo, fui a ver las condiciones en que estaban. La tropa no estaba muy dispuesta a que se acercara nadie. La identificación diplomática no tenía ningún valor para ellos. El resultado

fue que junto con un sacerdote me permitieron acercarme para ver y dar testimonio de lo que estaba ocurriendo. La gente se estaba literalmente muriendo de hambre. Muchos de ellos estaban en estado de inanición, lo puedo decir, estaban comiendo costales. La comida se las aventaban en costales y después hervían el costal y con eso hacían sopa, de la paja. Eso era lo que comía esta gente. Una cosa dantesca.

A los pocos días, cuatro o seis días después de que yo había estado viéndolos, sin identificarme, constatando sus condiciones, cuál sería mi sorpresa de que en la mañana, a las nueve o diez, me enteré que habían violado las puertas, que habían golpeado a los policías, se habían metido y estaban ya dentro de la sección consular de la embajada.

También pululaban alrededor de estos lisiados una enorme cantidad de activistas y muchos de ellos eran norteamericanos. Esa fue la primera ocasión en la que tuve que hablar un poco más claro con William Walker, embajador de Estados Unidos. Porque al bajar y verlos en el jardín de la Embajada, eran más de cien personas entre unos y otros, yo busqué a los que eran salvadoreños para hablar con ellos. Los médicos sí eran necesarios, pero los que venían de otro lado y a otras cosas no podían estar allí ni el gobierno de México les podía proteger para nada. Como ellos se resistieron le hablé a Walker y le dije:

–Aquí tengo un grupo de norteamericanos.

–Ya lo sé– me dijo.

Más o menos mascaba el español, era el mismo embajador que después quiso aterrizar en Panamá y que un grupo de religiosas se tiró en la pista para impedirlo. Y sin lugar a dudas, lo digo yo, es uno de los arquitectos del asesinato de Ellacuría y los demás jesuitas, por lo menos conoció previamente de este hecho. Tal vez me vio tan enérgico que me dijo:

–Pues lo vamos a resolver.

Y se los transmití a las gentes que estaban ahí, tenían que desalojar. Algunos aceptaron y se fueron, otros lo hicieron en un camión que envió la embajada americana. Entonces, hablé con el gobierno, para explicarles la situación que teníamos. El arzobispado ayudó enormemente, pues ya me había

avisado Rivera y Damas que iban a llegar a irrumpir en nuestra embajada. En cierta forma lo dijo.

Yo pedí ayuda a la Secretaría, además de avisar. Fue el director de Recursos Humanos y Materiales, una persona muy sensible, llegó, entró, vio el espectáculo y me dijo:

–¿Qué necesitas? Yo tomo el avión hoy en la tarde, yo no quiero ver esto.

El resultado fue una negociación muy áspera. El que no tiene esa experiencia centroamericana, latinoamericana, donde estas situaciones se pueden dar, no se lo puede imaginar. Yo venía de países desarrollados. ¿Cómo hacerle? Se pudo conseguir que el gobierno fotografiara a los lisiados para darles el salvoconducto. ¡Qué cosa más complicada! Negociar con el canciller José Pacas Castro, que pertenecía a la extrema derecha y que tenía una evidentísima mala voluntad para con el gobierno mexicano. El director de Protocolo se portó bien y poco a poco pudimos ir solventando la situación.

Sí, los lisiados se habían metido a la fuerza, punto. ¿Qué procedía? Pues sacarlos del país. Esa fue una operación muy complicada, porque al evacuar a un centenar de personas lisiadas en una ciudad en sitio, como estaba El Salvador, se corrían graves riesgos. La encargada de Derechos Humanos del Arzobispado participó en ello. Los lisiados dijeron muy claro que querían ir a Cuba, a donde ya habían sido trasladados antes otros de sus compañeros. Entonces hubo que encontrar una fórmula para conseguir una aeronave guatemalteca que se los llevara. Fue una operación muy difícil, porque en último de los casos debían de ser protegidos para su salida por los propios soldados y los lisiados eran sus enemigos. ¡Y estaban a cinco metros! Entonces llevamos a cabo la operación de noche, en la que a mí no me sacó la prensa otra palabra que “van al exterior”:

–¿A dónde van?

–Al exterior.

–¿Por qué interviene?

–Al exterior.

Yo no quise decir una sola palabra más, no involucrarme absolutamente nada. Al cerrarse la puerta del avión, ya tranquilo, “esto ya se resolvió pero algo

seguirá”. No sabía que meses después, en febrero de 1990, vendría otro grupo de lisiados, ya no de Catedral sino de otra iglesia y tuve que hacer el mismo operativo. Pero ya no dentro de la atmosfera de lucha armada que se estaba dando en el perímetro de la ciudad, en el caso anterior.

MVO: Después de eso vino la ofensiva “Hasta el tope”...

HLB: La inminencia de la ofensiva la conocí por la voz de Memo Ungo. Él fue el que me dijo:

–Prepárate. Va a haber una acción militar en la ciudad. Prepara tu embajada y prepárate para lo que va a venir.

Evidentemente él sabía lo que podía ocurrir o lo que ocurrió finalmente. Las condiciones objetivas del ataque eran ya visibles. Entonces una noche, de forma ya no tan sorpresiva, llegaron personas en grupos o de manera individual, algunos disfrazados, otros con la mujer, otros con sus hijos, para protegerse en la Embajada, porque sentían que la ofensiva era inminente y corrían el riesgo de morir. De esos personajes tengo perfectamente grabados a algunos que llegaron a ser miembros del gabinete. El líder sindical Humberto Centeno, que luego fue ministro del Trabajo con el presidente Funes, por ejemplo y magnífico amigo. Habrá sido un cumulo de ochenta o noventa gentes. Inclusive los padres del comandante de la guerrilla Joaquín Villalobos. También llegó el director del *Diario Latino*, Francisco Valencia. Yo había sido solidario con su periódico, con la libertad de expresión, en lo que pude. Después de la matanza de Fenastras volaron las instalaciones del periódico de izquierda y se quedó sin publicar un día, creo, entonces hablé con Francisco:

–¿Qué necesitas para seguir con tu labor informativa?

Eso también me lo recomendaron los jesuitas. A los dos días empezó a publicar nuevamente con el apoyo de enseres para la prensa dados por la embajada. A Francisco no se le ha olvidado este gesto y me ha dado hospitalidad en sus páginas.

Para esto no hay manual, no hay libro que diga qué hacer, simplemente era jugársela y lo que todo diplomático mexicano en estas circunstancias debe tener: “sesos y bien capeados”. La Secretaría dio órdenes, a la información nuestra, de que se concentrara el personal de la embajada en la residencia y que ahí permanecieran esos días. Que ahí se quedaran hombres y mujeres. Si era necesario que algunos desalojaran la ciudad, que salieran por la vía que fuera. Estaba despejado el camino hasta Guatemala. Así salieron varios ingenieros de ICA. Yo les ofrecí la camioneta de la embajada para que los recogieran en varios puntos en que estaban trabajando en instalaciones de energía geotérmica. De ahí derecho a Guatemala. Las gentes de ICA y otras empresas mexicanas lo agradecieron mucho.

Entonces vino la ofensiva militar del FMLN. El número de gentes en la Embajada iba acumulándose. Había que encontrar alguna solución. Debo decir que en el primer momento esas personas no estaban solicitando asilo. Aunque parecían perseguidos políticos en su argumentación. No solo fue este grupo de personas, familiares de gentes de la guerrilla, líderes políticos, periodistas que estuvieron ahí, sino también pidieron al gobierno de México la posibilidad de un refugio, de una protección, otras figuras. En forma muy específica, Rubén Zamora. –hoy embajador de El Salvador en la ONU. Ahí lo tuvimos en la Embajada.

Eso provocó que el Ejército Mexicano estuviera muy alerta de lo que estaba ocurriendo, e inmediatamente dos agregados militares se trasladaron a El Salvador. Entonces se dio que, paradójicamente, en un sitio de la Embajada estuvieran los agregados militares y en otro estuvieran algunos miembros del comité político que apoyaba al FMLN. Y esa situación dentro de una casa fue muy complicada. En fin salió bien. Se dio el movimiento militar guerrillero que llegó hasta el centro, al corazón, a la puerta de la casa presidencial, más toda la periferia que dominaba la guerrilla, pero no se produjo la insurrección.

MVO: ¿La idea del FMLN era tomar el poder?

HLB: Evidentemente sí. Después Shafick Handal –con quien hice después una amistad fraternal y lo acompañe en su campaña política y luego con profundo dolor a su tumba-, me quiso explicar estas cosas. Él, a toro pasado, me decía:

–Para que negociáramos teníamos que obligarlos a llegar al final. Y la única forma de obligarlos a negociar, para que vieran la fuerza militar nuestra, era ir hasta el tope. Ofensiva hasta el tope. Había que ir, no hasta rendirlos, pero por lo menos generar la sensación de fuerza presente en la capital, que en el interior existía.

MVO: ¿En ese contexto usted recibió al Secretario General de la OEA, João Baena Sõares?

HLB: Obviamente era nuestra responsabilidad estar informando lo que ocurría a México, mediante fax, por teléfono, hasta mandar gente a México para que pudiera en la noche informar de algunas cosas. La cancillería era totalmente sensible -en especial el subsecretario González Gálvez-, agréguese la información y alarma que se estaba generando en Estados Unidos, la OEA, Naciones Unidas, etc. tras el asesinato de los jesuitas. Entonces se convocó a una sesión extraordinaria del Consejo Permanente de la ONU a propuesta de México, donde estaba como representante de México un hombre notable por su integridad y sensatez, que mucho admiré: Eusebio Icaza. Entonces México estableció contactos con otros países de la región, especialmente Venezuela y Colombia, a fin de tomar una acción de investigación de hechos. El gobierno de El Salvador primero tuvo una reacción completamente negativa, junto con otros gobiernos de la región que no querían la intervención del secretario general de la OEA. Esta reunión tuvo lugar en Washington, pero el gobierno de El Salvador impuso una serie de criterios, tiempos y agenda. El gobierno de México ofreció su ayuda ahora logística.

Baena Sõares fue con un grupo de asesores a constatar que lo que se estaba diciendo en la OEA y en la prensa en verdad estaba ocurriendo y si había la gravedad por los hechos, que algunos países estaban manifestando, entre ellos

México. El mandato de su viaje era “ve e investiga”. Investigación de hechos exclusivamente. Le dieron dos días para hacerlo; bueno, él determino dos días. Bajó de un avión mexicano, fueron a recibirlo el embajador de Brasil y el Canciller salvadoreño. El embajador mexicano también acudió porque venía en una nave mexicana. Baena nos pidió al brasileño y a mí que fuéramos más tarde a su hotel, Sheraton. Él regresó esa noche tras haber hecho sus primeros contactos con el presidente Cristiani, el ministro de Defensa y el Estado Mayor. Ahí platicamos un poco de las cosas que ocurrían; no tenía una idea real de lo que estaba ocurriendo, pero hubo la posibilidad, gracias a un periodista mexicano que me proporcionó videos de esos momentos del conflicto, de mostrarle los hechos de armas y la forma brutal con que se estaba desplazando a la población civil de sus moradas para que muriese a ráfagas de fuego, algunas veces instrumentadas por aviones norteamericanos. Estos videos evidenciaban la argumentación que se le hacía varios países. Él fue muy cauteloso en sus comentarios. Al terminar la primera exhibición, serían las ocho y media o las nueve de la noche, el embajador brasileño y yo le dijimos:

–Ya nos vamos.

Había toque de queda. Él nos despidió con esa ironía brasileña:

–Ojala no sean las primeras víctimas de mi visita.

–No, no se preocupe, nuestra embajada está a dos cuadras, y si nos da protección militar podremos salir del hotel.

A la mañana siguiente Baena cumplió con otra serie de citas que estaban programadas y fue cuando un grupo de gentes que expresaban la voz de la guerrilla, le dijeron que querían hablar con él. Este es un punto inédito que voy a decirles. Querían hablar con él y explicarle lo que verdaderamente estaba ocurriendo. A mí me parecía que había justicia, independientemente del razonamiento militar absolutamente sesgado de los hechos, Baena iba de dar un informe a la OEA, pero no lo podía dar sólo con información que provenía del ejército o de los sectores muy próximos al sector castrense. De ahí que necesariamente tenía que escuchar a la otra parte, pero no planeaba oírla y

finalmente no la oyó y en un su informe se contiene muchas inexactitudes y mentiras, como lo constaté después en Washington.

Esa noche, desde el balcón de su séptimo piso del Sheraton, Baena atestiguó las operaciones de fuego de los helicópteros norteamericanos. Digo que eran norteamericanos porque los pilotos del avión que lo llevó a San Salvador eran mexicanos y cuando estábamos viendo maniobrar las aeronaves dijeron:

–Esto no puede hacerlo un piloto salvadoreño. Esta es una operación hecha por los yanquis.

MVO: Y se da la toma del Sheraton por parte del FMLN...

HLB: En efecto así se intentó. La madrugada del 11 de noviembre. El dormir no era cosa fácil en ese tiempo. Como a las tres y media vi un grupo de guerrilleros que pasaron por la puerta de la embajada. Primera vez que yo veía a la guerrilla en la ciudad, con su indumentaria. Los dirigía el comandante Facundo Guardado, el que luego fue candidato a la presidencia. Silencio, absoluto silencio. No dije nada. La prensa dijo que salieron de la embajada de México ¡imagínese! Ellos llegaron al Sheraton y tuvieron más facilidades de las que esperaban. El gobierno cometió un grave error. A Baena en ese momento había que darle una seguridad inmensa y lo que hicieron fue poner cinco costalitos alrededor del estacionamiento del hotel y cuatro soldados. Entonces los guerrilleros entraron fácilmente. Llegaron a la planta baja, es la versión que me dio un funcionario de nuestra embajada que estuvo ahí, Ruiz de Chávez. Ellos querían hablar con Baena para pedirle que se quedara un día más, para que ellos le explicaran la situación, los barrios que tenían tomados, cómo se estaba conduciendo brutalmente la Fuerza Armada, toda la parafernalia militar para sacar a las gentes de sus casas y masacrarlas.

Entonces los militares salvadoreños van con Baena y le cuentan otra cosa, que es lo que el contó en su informe. Que un grupo de guerrilleros lo querían secuestrar. ¡No! Querían hablar con él. Había un tapón, eso es cierto, en el Sheraton. El piso anterior estaba en manos del ejército, esa precaución tomaron ellos, y después en el otro piso de arriba estaba toda la gente de la OEA, eso lo

constaté yo. Lo cierto es que ellos querían subir por el elevador. El ejército se dio cuenta de eso y estuvo a punto de armarse una refriega en el cubo del elevador entre los que bajaban y los que subían. Hubo disparos, esos los vi, al piso de Baena. Los soldados le dijeron que esos disparos eran de los guerrilleros, pero eso no fue cierto. Fueron hechos por el ejército. Eso lo constaté. El funcionario de la embajada nos lo dijo:

–Disparaban de arriba.

El único que tenía techo era el ejército. Entonces dispararon, Baena se atemorizó y luego le dijeron:

–Te vienen a secuestrar.

Cundió el pánico y llegaron a un acuerdo. Baena dijo:

–Llaman al Nuncio, al embajador de Brasil y al de México para que podamos salir.

El ejército le dijo:

–No es posible comunicarse con ellos.

Dijeron eso para que Baena aceptara la jugada que ellos proponían: “te sales bajo nuestra protección.” Entonces hubo un convenio:

–Por diez minutos sales con tu gente Baena y los guerrilleros se van por otro camino. Eso sin saber Baena que allí mismo estaban los militares estadounidenses, porque entonces hubiera reconocido “es cierto lo que me está diciendo el embajador mexicano”.

Pasaron unas cuatro o cinco horas. Entonces me llamó el coronel Emilio Ponce, viceministro de Defensa, para ordenarme –esa es la palabra–, que llevara al aeropuerto a la tripulación mexicana porque Baena ya se iba. Yo le pregunté si había cumplido con toda su agenda y respondió:

–Íntegramente satisfecha.

Se cruzaron palabras muy fuertes, que tengo grabadas.

Bueno, se convino finalmente. Tomé el automóvil yo solo, sin policías, ni soldados, ni guardias, ni gente de la embajada. Le pusieron al automóvil la bandera mexicana y me embarqué. Di la vuelta, era una cuadra desde la embajada para llegar al Sheraton. Al doblar para el hotel me encontré con un

grupo de cien periodistas con sus banderas blancas, que estaban esperando el desenlace. Al ver la bandera de México dijeron “algo va a ocurrir aquí”. Varios de ellos trataron de treparse al automóvil pero no lo lograron. Entonces se vinieron detrás de nosotros. Un testigo de esto es el periodista de *Reforma*, Rodolfo Zamarripa.

Cuando yo llegué, habrían sido las ocho de la mañana, con esa turba de periodistas, con el automóvil y la bandera de México, me encontré con el desenlace. Vi que ya no estaban los guerrilleros, ya se habían ido. Pero noté que en el anexo del lado izquierdo del Sheraton estaba saliendo gente. Eran los asesores militares de los Estados Unidos. En las paredes de su cuarto, como pudimos ver después, dejaron mapas de las operaciones militares que estaban coordinando. Cuando llegué me encontré con que ya habían llevado a Baena al Estado Mayor. Entonces lo único que recogí fue a la tripulación. Entré a la habitación de Baena y recogí las grabadoras. Los soldados habían saqueado ese piso pero nunca se dieron cuenta que allí estaban los videos que nos habían proporcionado los periodistas mexicanos para documentar gráficamente “la verdad de los hechos”.

Llevé la tripulación al aeropuerto y allí encontré a Pacas, el Canciller. Baena se subió al avión y le dije que si no tenía inconveniente en que lo acompañaran mi mujer y mi hija. El Canciller me dijo que por qué y le contesté que no había ninguna seguridad en San Salvador. Esa noche habían disparado al techo de la Embajada. Estaban los surcos visibles. Esto creó una situación muy difícil con el ministro de Relaciones. Finalmente Baena se fue, hizo una escala en México y después voló a Washington. Allá presentó un informe que dice cosas muy diferentes a lo que ocurrió en realidad. Sus memorias y el informe dicen que la guerrilla intentó secuestrarlo. Yo después lo analicé con el mismo Facundo. Los del FMLN nunca pretendieron tal cosa. Hubieran estado locos. No. Sólo querían hablar con él. Buscaban que otros sectores de la sociedad salvadoreña le platicaran lo que estaban viviendo, si no su misión quedaría incompleta.

MVO: A los pocos días ocurrió la masacre de los jesuitas en la UCA...

HLB: El 16 de noviembre, cinco días después. La muerte de los jesuitas es el hecho que le dio la vuelta y alertó al mundo, a los Estados Unidos, a los sectores liberales de los Estados Unidos. El mundo tuvo conciencia, México mismo, de lo que estaba sucediendo en El Salvador. Ese mismo día yo hablé del asunto con Manuel Bartlett, que era secretario de Educación Pública. La muerte de los jesuitas vino a ser la forma en que el mundo abrió los ojos ante la crisis salvadoreña y cómo había alcanzado un nivel inverosímilmente doloroso.

Estábamos en toque de queda. En la madrugada me habló, no me acuerdo si fue el nuncio papal o el arzobispo, para ir a la UCA. El propósito de la presencia era dar testimonio internacional del hecho. No jugamos ningún otro papel. Cuando llegamos a la UCA, amaneciendo literalmente, vimos los cuerpos de los jesuitas en el patio. Vimos también a la mujer embarazada que había sido asesinada con ellos.

Llegó entonces Monseñor Rosa Chávez, el coadjutor del Arzobispado, llegó el embajador de Brasil, y procedimos a recoger los cuerpos. Había dos o tres jesuitas que no estaban en ese internado, en ese edificio en ese momento. Los vi, platiqué con ellos, les dije:

–Si ustedes no tienen inconveniente, súbanse al automóvil de la Embajada de México, si no esta noche ustedes serán los siguientes y aceptaron.

Claro que iban a ser los siguientes. La Comisión de la Verdad dijo esto en su informe. Se fueron los jesuitas con nosotros, la Embajada de México los recibió como invitados.

Entonces Rubén Zamora, que estaba viviendo con nosotros y no se le había otorgado el asilo –¿en qué papel podía estar...? ¿Amigo de la embajada?–, pero estaba relacionado con un grupo político que se estaba manejando por la vía de las armas, eso era muy complicado. Hasta que ocurrió la muerte de los jesuitas. Rubén me dijo que quería seguridad porque iba a ir a la ceremonia en la capilla de la UCA. Con todos los riesgos que eso significaba lo llevamos allí. Era una persona muy buscada por la opinión pública, por la derecha, hasta por sectores de la izquierda. “¿Dónde está este hombre?”, se preguntaban. Era un

hombre muy respetado, muy íntegro, muy coherente e intelectualmente muy bien armado. Él llegó a la capilla y creó una conmoción pues durante tantos días no sabían si estaba muerto o desaparecido. Él apareció, se colocó cerca del altar y los féretros en la ceremonia. El padre José María Tojeira, el provincial, comenzó a hablar sobre el dolor que ellos tenían y el significado del mensaje de los jesuitas en ese país. Y no se me olvida que terminó con una frase:

–La Universidad no ha muerto.

El embajador de México fue el primero que se puso de pie, entre mil y tantas personas, el presidente de la República se puso de pie y el embajador de Estados Unidos también con los militares y el aplauso fue infinito. Y así se llevaron los cuerpos. Rubén cargó uno de ellos, el de Ellacuría y lo llevó a depositar en la pequeña capilla donde sigue estando.

MVO: ¿Desde la embajada se oían los combates?

HLB: Todo. Pusieron bombas en la calle, en los dos postes de enfrente de la embajada. ¿Quién las puso? La situación fue muy difícil para nosotros. Fuimos vistos como los actores internacionales principales del asunto. A la ONU le hicieron una campaña pavorosa en contra de Álvaro de Soto, -magnífico diplomático peruano- del embajador de España, del de Venezuela –ambos extraordinarios representantes de sus países- y en mi contra. Colombia no. Colombia fue diferente porque siempre le tuvo mucha desconfianza a la guerrilla, pues ellos decían que estaban aprendiendo y oyendo, estrictamente.

MVO: ¿La Embajada fue atacada?

HLB: Sí. La residencia y la Embajada. Los dos lugares. No le atinaron. Mandaron un obús, pero del otro lado. En la otra acera estaba un cine. Iba derecho al piso donde estaba la oficina del embajador pero pasó ocho metros arriba y cayó del otro lado de la cuadra, en el cine.

MVO: ¿Cuál fue la reacción de la Cancillería mexicana?

HLB: Nosotros no hicimos ninguna protesta. Que yo recuerde, nunca haber mandado una nota o hablado por teléfono. También hay que pensar que después de estos hechos el gobierno mexicano tenía tal plena sensibilidad de lo que estaba ocurriendo que nos mandó veinte soldados a protegernos. Y yo casi dormí durante diez días con soldados en mi recámara. Creo que esa fue una reacción diciendo ¡cuidado! ya están los soldados mexicanos y estaban los agregados militares y también supieron del fuego que hubo. Claro. ¿Cómo lo tomó el gobierno mexicano? No sé cómo ellos lo hayan explicado mas tarde en México.

MVO: ¿Cómo tomó el gobierno mexicano la ofensiva guerrillera?

HLB: Claro que causó sorpresa y motivó cuestionamientos al FMLN. ¿Cómo es posible que estás pidiendo, estás creando la infraestructura de paz y comienzas un diálogo y después te trasladas con las armas? Eso creo que no va dentro de la secuencia de una negociación, sin embargo, la explicación que yo doy es la de Shafick:

–Mientras ellos nos vean fuertes, podremos negociar mejor. Y vamos a ver. Con la fuerza podemos lograr el levantamiento militar.

Y estuvieron cerca. Dos días más y la guerrilla podría quedarse con la ciudad... pero no ocurrió. Bueno, no hubo, como si en Nicaragua, la respuesta masiva de la población, la insurrección. Ellos se dieron una espantada pavorosa. La gente en la periferia, en el volcán y demás, los recibió y cobijó pero finalmente no tomaron todos las armas.

MVO: ¿Qué otro momento importante, además de las negociaciones claro, marcó su labor después de la ofensiva militar del FMLN?

HLB: Otro elemento, además de todo esto, fue cuando descubrieron el trasiego de armas nicaragüenses en pleno conflicto hacia El Salvador. Los gobiernos

decidieron suspender las relaciones diplomáticas. No rompieron, suspendieron, y entonces me habló Miguel d'Escoto, el canciller nicaragüense, y me dijo:

–Embajador, vaya por toda la gente nuestra, recoja nuestro archivo, cierre la embajada y mañana mando un avión.

A lo cual le dije,

–Me va a perdonar pero, mientras el Secretario no me dé instrucciones, yo no puedo moverme.

Quince minutos después, Solana me llamó y me dijo:

–Vas a hacer esto.

Me trasladé y abrí la embajada. Había una cantidad de hojas de periódicos y basura, de todo. Yo dije:

–Yo ya no entro más adelante. Ustedes ya sacaron sus cosas y a volar.

Un año después se reanudaron las relaciones y yo entregué ese edificio a los nicaragüenses. Cuando limpiaron todo, había tres granadas. Una casi en la puerta, otra en la alberca y otra en el cuarto del closet del embajador. Así que si me hubiera puesto a explorar allí, hubiera habido una tragedia. De este modo yo me quedé no sólo encargado de la embajada nuestra, sino que fui durante un año encargado de la embajada de Nicaragua. Cuando se daban las reuniones del cuerpo diplomático tenía yo que hablar a nombre de Nicaragua, que era mucho más enérgico el discurso y en cierta forma hablaba por ellos, por Cuba -que no tenía relaciones diplomáticas con El Salvador- , y por México por supuesto.

MVO: ¿Y el famoso asunto de los misiles?

HLB: Poco antes de terminar el conflicto fui con el comandante Jonás del FMLN a recoger algunas armas. Fui a traer los cohetes antiaéreos, a sacarlos de Pérquin y otros dos o tres lugares. Uno de ellos donde había luchado el comandante Gabriel Cardenal a quien acababan de matar. Fuimos a recoger todos los cohetes para entregarlos. Fue impresionante. Llegamos al aeropuerto militar como a las once de la noche. Ya no podía salir el avión. Hasta el otro día llegaba el avión de Nicaragua. Entonces decidí que se bajaran los misiles del avión de la Fuerza

Aérea Nicaragüense y los pusimos en un cuarto del aeropuerto. Llegaron personas que querían tomar fotografías y yo dije:

–No. Esto está bajo custodia de Naciones Unidas y no pueden.

Quitaron la luz al aeropuerto para que no despegara; querían sacarnos y poder identificar los cohetes.

–No hay problema, dije. A ver nicaragüenses recojan los cohetes, a ver si se los quitan del avión y súbase un mexicano, -otra vez Ruiz de Chávez- mañana llegamos a la cinco de la mañana para que despeguen.

Era una misión de las Naciones Unidas. Todas eran armas soviéticas o del Este, venían de Cuba, de Bulgaria, de Checoslovaquia, pero yo no podía entregárselas a la CIA para que identificaran las armas, hubieran probado lo que pretendían: “vean de dónde sacan los nicaragüenses las armas”. El representante de la ONU era un persa muy tibio, entonces había que ser muy enérgico. Aquí no vamos a entregar lo que nos dieron, es secreto. Estaban buscando los numeritos para identificar las armas.

MVO: ¿Usted tuvo que ver con la entrega del fusil del comandante Villalobos al presidente Salinas?

HLB: No, para nada. Yo tuve una relación muy áspera con Villalobos. Después de Chapultepec, ya me había contado Shafick su distanciamiento, la disidencia. Cuando me fui a Irlanda él estaba en Oxford y se le ocurre irme a visitar a Dublín, y se pasan una noche, él y Ana Guadalupe, y al calor de la plática le dije traidor. Así terminó una conversación de siete horas.

–Traidor, eso no se le hace a la causa. Tú no fuiste de izquierda, tú buscas otras cosas muy diferentes, escupiéndoles a tus amigos y hermanos. Eso no se vale. Luego sería el asesor para asuntos militares de Calderón!

Y nunca hemos tenido de nuevo trato. Yo le tengo muy poco respeto a Joaquín, pero sé que el militarmente fue el jefe más brillante.

MVO: ¿Cuándo se decide que ya concluyó su misión en El Salvador?

HLB: Un día después de la firma de los acuerdos de Paz de Chapultepec. Durante la cena me dirigí al presidente Salinas y le dije:

– ¡Misión cumplida...!

HLB: Agregó que al despedirnos de El Salvador, recibí la condecoración del Gobierno y la primera que otorgó el FLMN a un extranjero de manos de Schafik y Salvador Sánchez Ceren y luego una carta del Secretario General de la ONU, así como del Canciller Solana, del rector de la UCA y del Arzobispo de El Salvador.